

RESPIRA

Un sudor frío recorrió mi cuerpo, mis manos temblorosas se paralizaron al instante y mis ojos se clavaron en ella.

Su piel roja y su cara húmeda pedían piedad, mientras su boca apenas podía articular palabra. Cada lágrima que caía por su mejilla iba penetrando en mí como una bala de fuego.

Ninguno sabía qué hacer, y el miedo rondaba en la habitación cuando, de repente, su mirada se alzó, y los ojos que antes sollozaban se volvieron desafiantes, y las manos antes caídas se apretaron fuertes cual piedra, pero este gesto no duró mucho más y el suelo se volvió a llenar de dolor con sus lágrimas.

Y usando así, su último esfuerzo, quitó el anillo que antes lucía su dedo y lo dejó caer bajo mis pies, y con un te quiero final, mientras mi alma se rompía, su cuerpo sin vida acabó yacido en el suelo de aquel oscuro lugar.